

Cervantes, el hombre

POR ABELARDO BONILLA

Mucho se ha dicho y mucho habrá de decirse aún sobre la obra de Cervantes y preferimos hablar del hombre, en este cuarto centenario de su nacimiento. Pero hablar del hombre, necesariamente, es hablar también de su obra, de España y de muchas ideas y esencias que con ellas resurgen hoy en los planos del pensamiento occidental.

Vamos a hablar del hombre porque cada vez nos satisface menos la semblanza usual de Cervantes que resta como síntesis en las biografías corrientes, no obstante que existen estudios fragmentarios de excepcional brillantez que permiten engrandecer esa semblanza. Se acepta universalmente que en la personalidad humana de D. Miguel de Cervantes Saavedra descansaba una dignidad superior, sólo comparable a la de D. Pedro Calderón de la Barca, a pesar de los episodios dolorosos y oscuros que parecen empañarla. Pero hay, en cambio, cierto extraño empeño en aminorar la personalidad del gran escritor, sin meditar en muchos detalles que la engrandecen a través de los siglos y entre los cuales no es el menor la rivalidad reveladora de Lope de Vega.

Además, vamos a hablar del hombre porque, releendo en estos días las páginas de su obra, es la entidad humana de Cervantes la que se perfila en nuestro espíritu, como obsesión de tonalidades melancólicas, plasmada y explicada por los rasgos más salientes de sus mejores héroes literarios. No quiere esto decir que el recuerdo o evocación inmediatos de Cervantes destruyan en nuestra fantasía lo que en su obra, claro o velado, vive y vivirá perennemente. Como obra representativa de España y de la humanidad, como obra síntesis de una época, como obra clásica—producida en la madurez de su autor y en la madurez de su patria—el Quijote será siempre una página abierta a todas las especulaciones. Cervantes pudo representar en el libro inmortal la aventura de España en el mundo renacentista, de aquella España que fué el último refugio de la caballería medioeval; pudo representar igualmente la acción de la Contrarreforma y del pensamiento católico español en una Europa desgarrada por Lutero; pudo representar, también, la vida y la empresa imperial de Carlos V. Pero todas estas posibilidades resultan abstractas, al lado de lo más concreto y humano que vive en las páginas del libro, que es la vida misma de Cervantes.

Y es de aquí, quizá, de la presencia de lo real humano en los mundos imaginarios cervantinos, de la presencia del hombre y de su época, de donde surge el valor de universalidad de la obra. El que es hombre de su patria y de su tiempo, es de todos los tiempos y de todas las patrias—dice Unamuno. Y de aquí, asimismo, su profunda signifi-

cación vital, ya que la unidad Quijote-Sancho es la del espíritu humano—la de Cervantes y la de todos los hombres—con su nobleza y su miseria, con su idealismo y su realismo. Es siempre él, el hombre, la clave de la obra; y del hombre es necesario hablar.

*
* *

Cervantes produjo su obra esencial en el paso del siglo XVI al siglo XVII, entre el Renacimiento y el Barroco, y esa obra, en conjunto y en detalle, revela el perfecto equilibrio entre los dos grandes siglos de España y de Europa, porque entonces Europa era España y España era el mundo. Pero él, el hombre, seguía afirmando en el siglo XVI, en el siglo del Emperador, y en el declive trágico del XVII sueña su obra, y su propia vida, como una quimera que se ha hundido dolorosamente en lo pasado.

«En los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño», dice Don Quijote al volver a la cordura, en el final de la novela inmortal, pero quien lo dice realmente, quien nos lo está diciendo en toda su obra es el mismo Cervantes. No podríamos penetrar con acierto en su vida sin comprender que, lo mismo que su obra, era una proyección de lo pasado. La observación no es nueva. Varios comentaristas han anotado que Cervantes no era un hombre natural, como lo demuestra la escasa importancia del paisaje en su obra, su constante aspiración a lo ideal y su predilección por la vida de égloga. Schiller hizo notar que, a medida que la naturaleza va desapareciendo de la vida humana, a medida que el hombre deja de vivir en íntimo contacto con ella como sujeto, empieza a invadir su mundo poético como idea y objeto. Es, además, un fenómeno corriente en todos los que se han forjado una existencia alejada de lo presente.

Cervantes añoraba en 1600 la acción y la gloria pasada, que eran parte íntima de su vida. Así nos lo revelan el comienzo del *Viaje del Parnaso*, la Epístola a Mateo Vázquez, su evocación de Don Juan de Austria, el Prólogo de las *Novelas Ejemplares* y las alusiones en *El Cautivo* y *El Trato de Argel*. Nada hay, en cambio, que revele la identificación de Cervantes con los hechos del seiscientos. Puede afirmarse que los cinco años de cautiverio en Argel dividen la vida de don Miguel en dos épocas: la juvenil, de acción y de gloria, y la de madurez, de miseria y fracaso en la que él sigue viviendo idealmente la primera. En todo fué un hombre del primer Renacimiento y llenó los dos campos de acción a que era llamado el hombre-tipo renacentista: las armas y las letras. El héroe de Lepanto, en efecto, se empapó plena y conscientemente de todas las ideas y doctrinas del Humanismo filosófico del norte y del Humanismo artístico meridional. Ya ha demostrado Américo Castro (*El Pensamiento de Cervantes*) que Cervantes concibió y resolvió todas sus inquietudes estéticas de cara a los más altos

problemas del Renacimiento y que su cultura fué «una de las más espléndidas floraciones del Humanismo renacentista».

*
**

Es la formación infantil, no la de madurez, la que más influye en la moralidad humana del hombre y la que constituye la médula de su personalidad. Y pensamos en la influencia de los libros de caballerías, para Cervantes como para todo el pueblo español, ya que cada día se abre mayor campo la idea de considerar la sociedad como producto de la literatura y del arte, es decir, del espíritu, en sustitución de la idea gastada de la literatura y el arte como reflejos de la sociedad.

Mucho hicieron y mucho dejaron esos libros en la formación de los hombres del Renacimiento y de la Contrarreforma. Recordemos, como ejemplo, lo que significaron en la formación espiritual de San Ignacio de Loyola y de Santa Teresa y recordemos, ante todo, que Cervantes era conocedor profundo de esas obras, muertas en Francia desde el siglo XIV y recreadas con nuevo vigor por España en el Renacimiento, como parte de su empresa imperial y cultural. Tenemos sobre esa significación el testimonio de varios hombres eminentes de la época. Al publicar el *Palmérin de Inglaterra*, Miguel Ferrel defiende en el prólogo de su edición el valor educacional de la caballería y dice: «...como en esta nuestra milicia de lo humano estas cosas tan necesarias sean para traer los ánimos a las armas y ejercicio de ellas, conmoviendo los ánimos varoniles a semejantes cosas hacer que los antiguos hicieron». Y el gran Huarte de San Juan (*Examen de Ingenios para las Ciencias*) cree que la afición e influencia de los libros de caballerías guardan relación con «el furor poético» y «con los jóvenes tocados de este don del arte que tiene algo de revelación divina». Y agrega: «Estos se pierden por leer los libros de caballerías, en Orlando, Boscán, en Diana de Montemayor y otros así, porque todas estas son obras de imaginativa». ¿Y no fué nuestro Cervantes poeta, tocado del don del arte, y no amó también las Dianas?

No era la de los libros de caballerías una vida totalmente alejada de la realidad entonces. Lo que para nosotros parece hoy fantástico coincidía en aquellos días con la realidad española, y normaba la realidad española, desde las hazañas de *El Victorial* de Gutierre Díez de Gámez en el siglo quinto, hasta las del *Viaje del Mundo*, de Pedro Ordóñez de Cevallos, en el décimo sétimo, incluyendo en el décimo sexto el desafío de Carlos V a Francisco I. La influencia en Cervantes de estos libros no puede ocultársele a ningún lector sagaz. Trascienden de lo puramente literario a lo humano, a la emoción viva del autor, el engaño ideal de D. Quijote y la facilidad con que toma las ventas por castillos; la verdad profunda que Cervantes pone en la escena de la entrada de D. Quijote y Sancho al Toboso, en plena noche; la ma-

gistrar respuesta de D. Quijote al cura en el palacio de los duques y muchos otros motivos hechos carne de recuerdo, que nos dicen hasta dónde se mantenía en su espíritu, como una vivencia, la época del Emperador simbolizada por la caballería.

La aventura de la España Imperial completó en él la obra de los libros de caballerías. Es necesario tomar en cuenta que para España—la primera nación de tipo moderno que se formó en el mundo—la empresa de expansión mundial fué la continuidad y la aplicación de excedentes de la energía medioeval acumulada en ocho siglos de Reconquista. La misma energía que cuando el Renacimiento político y el naciente nacionalismo disgregaban a la cristiandad, mantuvo en España el espíritu de caballería, muerto en el resto de Europa con el fin del feudalismo. Eugenio D' Ors, en una reciente conferencia, ha hecho notar que el ideal representado por las novelas de caballerías es una constante histórica y corresponde a un ideal intermedio entre el de la gloria antigua y el de la gloria moderna, ideal que encarnó en el hombre del primer Renacimiento español. El héroe antiguo tenía una misión pública, una empresa de tipo nacional que cumplir, mientras que el hombre moderno—artista, escritor o guerrero—trabaja por su propia reputación personal.

En los recuerdos y emociones de D. Miguel se planteaba, pues, un paralelo, talvez una identidad, entre el mundo de la caballería, la aventura imperial hispánica y sus propias quimeras en ruinas. No podía haber actualización posible de esos hechos y no la hay en la obra cervantina. Sin duda fué América el último contacto real y frustrado de Cervantes con el pasado que se esfumaba. De las relaciones de Cervantes con el Nuevo Mundo hay una elocuente y dolorosa: su carta al Consejo de Indias, en que solicita uno de los cuatro puestos vacantes en los dominios americanos de Felipe II. Esa carta, en que se palpa la tragedia espiritual, fué su último ensayo de salida, su última aspiración, ya muy débil. Desde entonces, la primavera de 1590, va a recluirse en el castillo interior de las letras y a olvidar a América—el mayor de los hechos contemporáneos—limitando su interés a dos citas en el Quijote, a otra en *El Licenciado Vidriera*, que compara a México con Venecia, y a los elogios de dieciséis poetas americanos o relacionados con la aventura americana, que hace con excesiva y escéptica prodigalidad en el *Canto de Caltope* y en el *Viaje del Parnaso*.

*
* *

¿Y cómo se manifiesta esta vivencia de los días de expansión imperial en la vida de Cervantes, en él, en el hombre? Por el deseo constante de escapar a la inacción y estancamiento de la época de los Felipes y de ir a la acción que él sentía agitarse, junto con la gloria, en todos los ámbitos del Imperio. Va a Italia. Sirve en los tercios. Pe-

lea bravamente en Lepanto bajo las órdenes de Don Juan de Austria. Vuelve con cartas de recomendación que le servirán para seguir peleando en Flandes o en otros campos. Intenta venir a América. Pero como es siempre el espíritu lo que priva, lo que no logra realizar en su vida de hombre, lo realiza en la literatura, siempre tratando de escapar, con cierto sentido de catarsis; por eso su tendencia a las manifestaciones idealistas del arte; su eterno deseo de ser un gran poeta; su debilidad por *La Galatea*; el escapismo literario de *Pedro de Urde-malas*; el desahogo de su canto de cisne, los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*; el sentido errante o de andanza del Quijote con la sugestión de sus caminos, de sus ventas y de sus arrieros y hasta el haber escogido como fuentes clásicas para su obra maestra la *Eneida* y la *Odissea*, precisamente los poemas de los héroes ambulantes.

Ante estos aspectos, puede afirmarse que la obra explica la vida, o viceversa. La impresión que prevalece al adentrarnos a tientas en la personalidad del autor es la de que Cervantes sentía que había llegado tarde a la cita con el destino y que en su espíritu no había el menor interés por el siglo barroco y sí, en cambio, un constante fluir de la memoria y de la emoción hacia los días que se alejaban.

*
* *

Desde estos puntos de vista son explicables por la modalidad y la acción humanas de Cervantes muchos aspectos de su obra y muchos rasgos originales de su estética que, a primera vista, son incongruentes. En el fondo de la aparente agresión cervantina contra los libros de caballerías, ¿no actúa la reacción de un gran ensueño frustrado y, paradójicamente también, una defensa iluminada de su ideal, fundidas ambas en la razón y en la estética propias de una cultura humanista a la española?

Para comprender el conjunto de esa reacción, de esa defensa y de la unidad estética en la obra cervantina, es indispensable que nos situemos con la imaginación en los años y en las condiciones en que Cervantes escribe lo mejor de su obra, de 1590 a 1616. Han pasado ya las derrotas de la Armada en aguas de Inglaterra, y de los tercios, antes invencibles en Alcazarquivir. Rocroy no está muy lejos. La aventura vital no es ya la de las armas sino la de la España católica que sale a Europa, a América, a Africa y al Pacífico en defensa de la fe. Cervantes recuerda su juventud y mira con tristeza el horizonte. Aquel hombre que había vivido cinco años cautivo en Argel, vivía entonces poco menos que en la miseria, en la rica y lujuriente Sevilla, a la que llegaban cargados de oro y de especies y salían cargados de ilusiones los galeones de América y del Oriente. O bien vivía en la Corte—Madrid o Valladolid—en la médula de la Castilla católica y mística que ensanchaba su pensamiento a todo el orbe. Cárceles reales y morales en ambos

casos, porque la necesidad física es apremiante y él ya no siente con el nuevo orden de cosas. Cervantes es católico, es español, pero su sueño son las armas o la aventura gloriosa y de aquí su escepticismo. Católico, pero con diez años de universalismo extra-español, italianizante, es decir, no religioso, no de la Contrarreforma.

A mucha distancia de los místicos y de la hoguera que encendía los corazones españoles, Cervantes, como Erasmo su maestro, se mueve en un plano auténticamente intelectual cuando se trata de realizar su obra literaria. Y es que también en el campo de la cultura sigue viviendo Don Miguel el Renacimiento, en que lo esencial son la forma y la norma, la razón y la belleza. Pero no podemos perder de vista que se trata de un Renacimiento español, no italiano. La cultura que culminó en España durante los Siglos de Oro se formó a través de varias generaciones como lo hace ver Aubrey F. G. Bell (*El Renacimiento Español*). No fué aristocrática y clásica como en Francia, sino que mantuvo el culto de lo pasado y estaba empapada de elementos populares medievales. En las visiones literarias cervantinas está presente la Edad Media tanto como en el teatro de Lope de Vega. A ella va Cervantes—el héroe y el artista de la época del Emperador—para crear al Quijote, cuando la mayoría de los escritores, anti-héroes en la vida real, subliman su débil personalidad creando héroes. Quizá por esta razón nos resultan inhumanos o van al suicidio la mayoría de los héroes literarios, en que contrasta lo desmesurado de sus aspiraciones con la pequeñez de la realidad, mientras que en Cervantes—el hombre y la obra, que aquí se identifican—el choque entre lo ideal poético y la experiencia real no origina absurdos, ni amargura, ni queja cobarde, sino una ironía sana y fuerte.

*
**

Y esa ironía es una de sus mejores proyecciones humanas. Lo que siempre nos ha llamado más la atención en la vida de Cervantes, y especialmente en las últimas lecturas, es su reacción hondamente humana y noble, de español de su tiempo, ante la adversidad, lo mismo que su sólida actitud ética ante una vida oscura y cruel. De español hemos dicho, que es decir de estoico. Aquellos hombres, los que crearon el Imperio en lejanas tierras, como los que defendieron con la pluma el pensamiento ecuménico de España, mantenían—como tan acertadamente lo ha visto Salvador de Madariaga (*Cuadro Histórico de las Indias*)—el sentido de ciudadanía e igualdad humanas de Roma, que era lo que constituía la unidad del Imperio contra la fuerza anárquica de sus constructores, a base de una actitud moral superior. En Cervantes esa actitud era algo íntimo, sólido, que sobrepasa los fines literarios y llega a nuestra miserable época como una lección ejemplar: «Cada uno es hijo de sus actos» (*Trabajos de Persiles y Sigismunda*); «Tú mismo te has forjado tu ventura» (*Viaje del Parnaso*); «Cada uno es artífice de

su ventura» (*Quijote*). Es el imperio humanista de la razón y del estoicismo. Es el más puro triunfo del espíritu sobre la materia. Al lado de este recio tronco hispano, ¿qué vale la ponderada serenidad de un Goethe?

Conoció la vida y conoció a los hombres. Había en él un dón de gentes y una simpatía que subyugaron aun a los guardianes de su prisión, de sus múltiples prisiones. Pero había, sobre todo, una reciedumbre moral extraordinaria. C. G. Jung (*Psicología y Poesía*) explica que la vida personal del artista es oscura y trágica, no por el imperio de un destino sombrío, sino por la subestimación que hace de su personalidad humana; lo humano se sacrifica y desangra en el artista para alimentar la parte creadora, «desarrollando el egoísmo despiadado, el autoerotismo, la vanidad y todos los vicios imaginables». Nada de esto hubo en la vida de Cervantes. ¿Qué le faltó? El sentido de acción. La voluntad de concentrar su interés en las cosas que no eran del espíritu. «El supo realizar hazañas y yo escribirlas», dice de Don Quijote y de sí mismo. La acción, para él, había terminado en Argel. Luego vencieron la cultura y la ética. Pero la cultura no se integra con el anhelo de materialidades inmediatas y de sensaciones siempre nuevas, sino que surge de la disposición a aceptar el sacrificio y la fatiga en aras de una vida íntima más rica y auténtica. Cervantes lo comprendió y lo realizó.

En Don Miguel de Cervantes, en el hombre, no sólo dió España al mundo el creador de la novela con la máxima obra literaria de todos los tiempos, sino que dió también el mejor exponente de su raza, en quien se encarnan las enseñanzas del hispano-romano Séneca, según la bella interpretación de Ganivet: «No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu. Piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman el diario vivir. Sean cuales fueren los hechos que sobre ti caigan, prósperos o adversos, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre».